

Omnia Bene Fecit

(Todas las cosas las hizo bien)

ACABABA el Señor de hablar duramente y no sin razón, contra los Fariseos, estos hipócritas sin vergüenza, quienes se lavaban con un cuidado meticuloso las manos a lo menos unas veinte veces al día, pero a la vez no se preocupaban ni en lo más mínimo del cumplimiento de la ley de Dios escrita en la naturaleza misma y los corazones de todos los hombres. Había sucedido que vieron a algunos discípulos del Salvador comiendo pan sin haberse antes lavado las manos y una bagatela tan insignificante les había escandalizado; por eso se habían dirigido a Jesús diciéndole: "¿Por qué no siguen Tus discípulos las tradiciones de los ancianos? Ellos comen pan sin antes lavarse las manos." Pero Jesús les dió una contestación adecuada, llamándoles por el nombre que se merecían: "Muy bien ha profeti-

zado Isaías de vosotros, hipócritas, porque está escrito: esta gente me honra con sus labios, mas su corazón está lejos de mí." Y desde aquel tiempo los Fariseos Le odiaban y Le espían continuamente esperando una oportunidad de poder acabar con el Salvador.

Era para substraerse por algún tiempo al odio de los Fariseos cuando Jesús se fué a la costa de Tiro...Y ahora estaba en camino de vuelta a Galilea. Acercándose a la laguna de Genesareth, hé aquí que una gran muchedumbre vino a encontrarle. Traían con ellos un hombre sordo y mudo y suplicaban al buen Señor le impusiese Sus manos y le curase. Jesús condujo este hombre a un lugar algo apartado y allí le puso los dedos en las orejas y escupiendo le tocó la lengua y elevando los ojos gimió y le dijo: "Epheta", que es: ábrete. E inmediatamente sus

Renueve su suscripción ensiguida.

oidos se abrieron y los lazos de su lengua se soltaron y pudo hablar perfectamente.

Jesús suplicó a los testigos de este milagro no lo contasen a nadie, pero cuanto más les urgía tanto más lo manifestaban y por eso más aun se extrañaban diciendo: OMNIA BENE FECIT, todas las cosas las hizo bien; hizo entender a los sordos y hablar a los mudos.

La admiración y la gratitud forzaban a la muchedumbre a pronunciar estas palabras tan significativas que contienen el elogio más hermoso que se puede dirigir a Jesucristo. Es un elogio de Dios mismo y de Su adorable Providencia, porque solo de Dios se puede decir: *Todas las obras del Señor son excesivamente buenas* (Eccl. 39, 21)—*Y Dios vió todas las cosas que hizo y ellas eran muy buenas.* (Gen. 1, 31).

“Todas las cosas las hizo bien.” Siempre debemos respetar estas palabras en medio de las revoluciones y de los transtornos de este mundo y a pesar de que no comprendamos los acontecimientos. Nos quedamos perturbados y escandalizados a la vista de varias naciones—Rusia, Méjico, etc.—que se desmoronan, de familias que se desvanecen, del crimen y de la impiedad que en todas partes prevalecen en público, de la religión despreciada y del derecho atropellado y del mundo entero agonizando por sus dificultades financieras y sociales ocasionadas por un egoísmo diabólico y su in-

credulidad en Dios. Y todo esto sucede mientras el sol creado y movido por Dios ilumina igualmente a los buenos y a los malos. Al considerar este triste espectáculo debemos confesar que si la Providencia preside todos los acontecimientos, debe tener Sus designios secretos; pero, sin comprenderlos, debemos al menos respetarlos, quererlos, y hasta alabarlos proclamando que son las obras de una Sabiduría infinita, de un Poder sin límites y de una Santidad sin mancha: “Todas las cosas que hace Dios, las hace bien” así debemos pensar siempre y repetirlos sin cesar.

La prueba más evidente de la Divinidad del Señor era que “todas las cosas que hizo, las hizo bien.” Lo que Jesús, Dios hecho hombre, debía hacer, lo hizo con toda prontitud, constancia y perfección. ¿Por qué ha bajado del cielo y venido al mundo? Para glorificar Su Padre y salvar a los hombres. Este propósito Divino es la única razón, el solo fin de todas Sus acciones y de toda Su vida. Desde el primer instante de Su Concepción se ha ofrecido a Su Padre como víctima y holocausto: viniendo a este mundo, dijo: no has querido sacrificio y oblación, mas me has adaptado un cuerpo.... Entonces dije: hé aquí que vengo....para hacer tu voluntad, ¡oh Dios! (Hebr. 10, 5).

¿Y cuál era la obra especial a perfeccionar en la tierra por el Señor? El reconciliar a los Hom-

bres con su Padre. Por esta razón vino a este mundo. Para conseguir este fin ofreció constantemente desde el seno de Su Madre todas Sus oraciones, todos Sus sufrimientos, los ofreció en Belén, en Nazareth, en Su vida pública y hasta el "Consummatum est" muriendo en la Cruz.

Jesús hizo todas sus acciones con toda la perfección hasta en los más mínimos detalles, porque siempre actuaba por Su amor para con Su Padre y para procurar la mayor gloria del que amaba tanto: "no quiero mi propia gloria, sino la de Quien Me ha mandado, el Padre" y también actuaba por amor para con nosotros: "He venido para que ellos viviesen y tuviesen vida abundante". Todas Sus acciones eran perfectas en si mismas, perfectas en el principio que Le movía a hacerlas, y perfectas en el fin que perseguía. El Padre mismo lo proclamó desde el cielo y lo anunció a la tierra: *Este es mi Hijo querido en Quien Me complace; escuchadle.*"

Por eso si escuchamos esta voz celestial, si amamos al Señor y nos confiamos enteramente a El, ya no tenemos que preocuparnos de nada. Quedémonos con El, y El a su vez se quedará con nosotros, El que es toda bondad y amor: *Omnia bene fecit.*

Sola Su voluntad es esencialmente buena, porque Su voluntad es la gloria del Padre y nuestra felicidad. Alabemos al Señor en las lluvias como al sol; alabemos al Señor en la prosperidad como en la adversidad; alabemos al Señor en medio del fervor como durante la tentación; alabemos al Señor en la salud como en la enfermedad; alabemos al Señor todos los días de nuestra vida como en la hora de la muerte. Quedémonos firmemente con El y quedémonos fielmente con El, porque todo lo que hace con nosotros, todo lo que permite ocurra con nosotros, siempre es Su obra, pero Su obra bien hecha, tanto en el tiempo como en la eternidad.

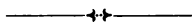


LAS PREROGATIVAS DE CRISTO.

Jesucristo es nuestro Rey siendo el heredero del Padre Eterno. Dios, según San Pablo, Le ha constituido heredero de todas las cosas. (Heb. I. 2)

Tiene derecho de herencia, aunque hombre, sobre toda Su gloria y todo el dominio del Padre Eterno. Ha pisoteado el pecado y la muerte.

Pues no debemos extrañarnos cuando San Pablo dice: "Todas las cosas son de nosotros, y nosotros somos de Cristo y Cristo es de Dios." Nosotros heredamos cosas buenas porque nos hemos sometido a Cristo nuestro Rey.



Nuestro Señor nos amaba más que Su honor, más que Su reposo, más que Su vida, puesto que por Su amor ha sacrificado Su todo.